

¡Pobres estatuas.!

No hay año que no se sucite discusión acerca de alguna estatua. En el que acaba de pasar le tocó el turno a la de Balmaceda; en este le ha correspondido a la de O'Higgins.

¿A cuál le tocará ~~en~~ este otro año?

No los sabemos; pero sí podemos dar por cierto que en el año de gracia de 1915, lo mismo que en los que le precedieron y le han de seguir en la historia, se discutirá la erección de un monumento.

¡Quiera Dios que no sea más que uno!

Porque hay entre nosotros una afición tan honda a las estatuas que no se calma ni con uno ni con dos monumentos.

Aquí tenemos, por ejemplo, un Vicuña Mackenna, que nos mira desde el plano, otro que nos observa desde el cerro, y no está lejos el día en que, con los progresos que adquiera la aviación se coloque uno de ellos colgado en el espacio para que nos vea desde la altura. Esto en cuanto se refiere a la cuestión cantidad; que en cuanto a la calidad, ¡ojalá todos los inmortalizados en bronce, tuvieran los méritos del insigne escritor;

Cada vez exigiendo menos, va a llegar una época verdaderamente bíblica en que bastará volver la cara, como la mujer de Loth, para tener estatua propia.

Lo curioso es que, una vez erigidas, les perdemos el cariño.

Desde el año que sigue a de la inauguración, los pintores de estatuas comienzan a hacer su Agosto, - o más bien su Setiembre, que es la época del martirio, - a costillas de los héroes.

Esta es la expectativa que tienen por delante los monumentos que se elevan en tierra; en cuanto a los que se yerguen en el agua, les amenaza un tormento contrario: el raspaje. UC

Hay frente al Teatro Municipal un grupo de niñitos de bronce que desafían el sol y el agua con sus cuerpos desnudos. Pero en cuanto ésta logra darles ese tinte verde oscuro que tanta gracia presta a las estatuas, nunca falta una mano, que pretendiendo darles más belleza, los raspa con un clavo.

Quédan, pues, los angelitos, tan rallados, que parece que tuvieran calzoncillos de baño.

Fuera de ir contra la estética, esto ofrece un peligro: se presta a que la gente maldiciente, atribuya esta profanación a la mano oculta y severa de la Liga de Señoras.

Nosotros, que conocemos el buen criterio de esa institución no lo pensamos; pero nos asiste el temor de que, si sigue el raspaje, alguien crea reconocer en algunos de esos niños al héroe de Cancha Rayada con evidente menoscabo del que oculta la pintura en nuestra principal avenida.

¿Cuándo surgirá del seno de la Comisión de Ornato Público, algún nuevo Quijote que libre a esos inocentes de semejantes agravios; que desentierre a los héroes de las capas de pintura; y que encuentre que, - por lo menos dentro de cada ciudad, - basta con una estatua para un hombre solo?

J.P.